

El amor, un contingente en el proceso educativo

Maturana¹ dice que «*el amor es el reconocimiento del otro como legítimo otro, en convivencia con uno*». Realmente Maturana, desde su mirada como biólogo (teoría de *autopoiesis*), hace una aportación extraordinaria para la comprensión de la vida, a partir de su discurso sobre el amor que, según él, es lo que fundamenta, identifica, junto con el lenguaje, al ser humano. Gracias a él el amor ha pasado a primera línea de la ciencia, no como vinculado exclusivamente a las emociones, sino como constitutivo de la propia vida.

Considera que nuestra especie ha llegado tan lejos desde el punto de vista evolutivo gracias a la capacidad cooperativa de los que la constituimos. Su propuesta no excluye los postulados darwinistas, sino que más bien los complementa, ayudándonos a dar un paso más allá, favoreciendo la comprensión de que justamente la vida de los seres humanos se ha abierto paso, se ha podido consolidar y evolucionar, a través de aquellas ramas de los homínidos que más amorosamente actuaron entre sus miembros.

Filósofos y científicos de todas las épocas han buscado «*la pauta que lo conecta todo*». Quizás Maturana, con su aportación, nos facilita un poco esa búsqueda. Es evidente que no tengo la certeza de si el amor es esa pausa, pero sin duda es un ingrediente insustituible de la misma.

Escuchando a Mauricio y Rebeca Wild,² dos educadores que llevaron a cabo una experiencia educativa muy relevante en su escuela en Ecuador, «El Pesta», que ahora han transformado en otro contexto, los CEPAs (Centros para la actividad autónoma), me aproximé a una idea que quizás aún va un poco más allá de la de Maturana. Como él, dicen que el amor es constitutivo del ser humano, y lo definen como «*la aceptación de lo absurdo del otro*».

Consideran, como el propio Maturana, que el ser humano, como cualquier otro ser vivo, tiene una estructura interna, de carácter autopoietico, con todas las potencialidades necesarias para el desarrollo de lo que es característico de cada ser vivo. Todo lo que hay dentro de la estructura es orden, y todo lo que está fuera es desorden, caos, entendido desde su dimensión más creativa. «El otro», desde esa dimensión, forma parte del caos, y para poderme relacionar con él, comunicar, he de poder convivir con la vivencia de que, a pesar de que es diferente a mí, y hasta puede resultarme incomprensible en su manera de actuar con relación a lo que yo siento internamente, formamos parte del mismo linaje y relacionarme con él no significa, necesariamente, un riesgo insostenible.

Para que las interacciones entre la estructura interna y lo que es externo puedan gestionarse en beneficio del crecimiento y desarrollo de la persona, es necesario que se den en el marco de relaciones amorosas. Aún van un poco más allá, para que ese amor tenga un buen efecto se ha de dar en ambientes relajados, y en el caso de la educación, de la escuela, en ambientes relajados y preparados para esa finalidad.

Como ejemplo, consideran que el tipo de sociedad en la cual vivimos, marcada por una economía agresiva y por el consumo de toda clase de productos, sustancias, y hasta relaciones, con lo que de todo ello se deriva a nivel de estrés, competitividad..., no favorece la creación de esos ambientes, y por lo tanto sitúa a los seres humanos, mayoritariamente, más en un marco de supervivencia que de realización. En este sentido, difícilmente podremos actuar amorosamente

¹ Humberto Maturana, biólogo chileno, *El sentido de lo humano*, Editorial Dolmen, *El árbol del conocimiento*, Editorial Debate.

² Mauricio y Rebeca Wild, educadores de Ecuador, *Educación para ser, Calidad de vida, Libertad y límites, Aprendiendo a convivir con niños*, todos ellos publicados por Herder.

con los demás, reconociéndolos como diferentes e iguales por otro lado, porque no tendremos nuestras necesidades vitales cubiertas. Quizás ahora no se trata de una supervivencia a nivel de tener o no tener un plato en la mesa y un tejado donde guarecernos, si nos referimos a los contextos de vida occidentales, quizás tiene más que ver con presiones como no poder llegar a fin de mes a causa del nuevo modelo de esclavitud que genera una hipoteca, que a menudo contratamos por encima de nuestras posibilidades y necesidades auténticas.

Su pensamiento con relación al trabajo de los valores en el marco de la educación es radical, dado que no hacen concesiones a medias. Consideran que es prioritario garantizar los procesos de supervivencia, gracias a un ambiente relajado fruto de tener cubiertas las necesidades básicas, las auténticas, no las generadas por el modelo social en que vivimos actualmente, en el cual la mayor parte de las necesidades son secundarias, lo que no sólo afecta a los niños sino especialmente a sus padres. El amor puede fluir si se dan estas condiciones. Entonces el individuo está disponible para hacer cosas en beneficio de los demás y del propio ecosistema tierra. Si no es así, y nos movemos en la supervivencia, entonces difícilmente los niños y jóvenes se harán receptivos a los múltiples mensajes de acciones bienintencionadas como «el día de la paz, de la interculturalidad...». Es necesario que exista un poso que permita una integración personal que se transforme luego en una voluntad de compromiso social.

Podríamos pasarnos horas hablando de esas dos miradas, que a mi entender son de gran relevancia en estos momentos. Ambas tienen un componente biológico muy importante, que estaría en la raíz de su planteamiento, y al mismo tiempo tienen asociado un componente social inherente a todo lo que hace referencia a la constitución del ser humano. Sin embargo, el tema del amor suscita grandes pasiones y también genera mucha inquietud, quizás porque existe un tipo de literatura que se ha dedicado al tema de una forma muy peculiar, y cuesta de poderlo insertar en los ámbitos educativos, o como un valor que va más allá de una perspectiva nostálgica de la vida.

Otros autores que a mi entender sería interesante consultar, por su peculiar y profunda manera de entender el amor, son, entre otros, Edgar Morin,³ Fritjof Capra⁴ y Boris Cyrulnik.⁵ Todos ellos aportan dimensiones complementarias a las que aquí estoy dibujando, desde la perspectiva de la complejidad de la vida y del mundo, como es el caso de los dos primeros, o desde la perspectiva de la resiliencia, como es el caso del tercero. Os remito a su bibliografía, para profundizar en ella en la medida que a cada uno le resulte relevante.

En todo caso, aún me gustaría introducir otra perspectiva. Al pensar en este documento lo imaginé como una oportunidad para abrir ventanas hacia miradas que puedan complementar lo que hace tiempo se viene diciendo del tema, y luego cada uno, cada una, hará su síntesis personal de todo ello. Por eso sugiero mirar lo que nos dice Bert Hellinger⁶ acerca del amor. Dejarme que lo haga primero desde una perspectiva más genérica y después lo centre un poco más en el ámbito de la educación y de los centros docentes.

³ Edgar Morin, filósofo francés, *Tenir el cap clar*, Editorial La Campana, *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, Editorial Paidós.

⁴ Fritjof Capra, físico austriaco residente en Estados Unidos, *La trama de la vida*, *Las conexiones ocultas*, ambos de Editorial Anagrama.

⁵ Boris Cyrulnik, psicólogo francés, *Los patitos feos*, *El murmullo de los fantasmas*, *El amor que nos cura*, todos ellos de Editorial Gedisa.

⁶ Bert Hellinger, psicoterapeuta alemán, *Órdenes del amor*, *Reconocer lo que es*, ambos publicados por Herder.

En primer lugar aclarar que este psicoterapeuta alemán, creador de las constelaciones familiares,⁷ sitúa el amor en la base de las relaciones humanas, como motor de los vínculos que se originan en él. Nos habla de la importancia del amor y también de la importancia de distinguir de qué clase de amor se trata en cada caso, porque hace una distinción muy clara entre el amor ciego, que tiene una buena intención, pero que no alcanza su finalidad porque existe alguna cosa en la forma de actuarlo que impide justamente su objetivo, y un amor claro que, alineado con la vida, fortalece los vínculos y nos libera de las cargas que todos arrastramos de nuestra historia familiar, que generalmente no nos corresponden asumir.

Para explicar esa diferencia Hellinger utiliza una imagen que en un inicio suele dejar atónito a quien se le acerca: *primero es el orden y luego fluye el amor*. Maturana nos muestra que el amor es intrínseco al acontecer de la vida humana: los Wild hablan del amor como garantía para que se puedan desarrollar procesos de vida en resonancia a las necesidades de crecimiento y maduración de los niños, y que una condición para que ese amor llegue a buen puerto es que las personas podamos vivir y convivir en entornos relajados. Hellinger nos dice que el amor es lo que constituye, trenza, los vínculos, y para que ello sea favorable para la vida de las personas es necesario que en los sistemas relacionales se den una serie de condiciones, que él traduce en unos órdenes a respetar, que denomina, justamente, los órdenes del amor, los cuales ha podido constatar fenomenológicamente a través de lo que se muestra, una y otra vez, en el desarrollo de las constelaciones familiares. Para profundizar en los órdenes del amor propuestos por Bert Hellinger podéis consultar el artículo de Eva Bach publicado en este monográfico (LINK).

Existe un profundo amor en las buenas intenciones que expresan los diferentes miembros del contexto familiar, y se trata de un amor ciego. En la familia se ve claramente, y nos damos cuenta cuando algún hijo o hija presenta alguna clase de síntoma, por ejemplo cuando sistemáticamente no quiere comer, o no puede quedarse a dormir solo, o cuando no quiere ir a la escuela... Si los padres no han podido encarar algo difícil de su propia historia familiar, los hijos hacen lo que sea para captar su atención, desde la fantasía de que de esa forma podrán librarlos del sufrimiento que esa historia puede significar para los padres, que debe ser seguramente una historia dolorosa.

En la escuela también lo vemos de una manera conmovedora a través de los signos que manifiestan los alumnos, por ejemplo, cuando se muestran inhibidos, cuando tienen dificultades de relación, cuando tienen dificultades de aprendizaje, cuando se muestran hiperactivos... Su fidelidad absoluta a los padres hace que les sea difícil actuar de otra manera en el contexto escolar, a la vez que nos muestran su malestar a través de este tipo de actitudes, malestar que está vinculado a la imposibilidad de resolver lo que les preocupa a todas horas. Una criatura que está implicada en algún asunto familiar no puede estar atenta a lo que se hace en el aula y en la escuela.

Tanto en un caso como en otro, además de muchos otros que nos podemos imaginar, es necesario darse cuenta de que lo que lo mueve es un profundo amor, y lo cierto es que en el momento en que los educadores podemos conectar con ese amor, reconocerlo, independientemente de que sea amor ciego, estaremos en otra disposición para crear un clima de comunicación que permita a unos y otros participar en algún tipo de proceso de cambio o evolución, mirando más hacia la solución que hacia el problema.

Por eso Hellinger nos dice que primero es el orden y luego fluye el amor, que no estaría muy lejos de lo que dicen los Wild en el sentido de que es indispensable que exista un entorno relajado para que el amor pueda florecer en una buena dirección. Y todo ello nos hace

⁷ *La felicidad dual*, Bert Hellinger, editorial Herder, *Sin raíces no hay alas*, Bertold Ulsamer, Editorial Luciérnaga.

reencontrarnos con la mirada biológica de Maturana, en el sentido de que de lo que se trata es que podamos influir en la vida. La vida es más grande que todas sus particularidades. En esa mirada sistémica de la vida, que podríamos asociar a la imagen del agua que sigue la dirección del río que la contiene, el amor sería lo que nos permite mantenernos en esa buena dirección, que Maturana denomina autopoiesis, que los Wild denominan procesos de vida y que Hellinger denomina como movimientos del espíritu.

A través de esas tres miradas he procurado mostrar algunas dimensiones del amor que tienen un peso específico más allá de su acepción habitual, que suele estar más vinculada a los aspectos sentimentales, a menudo manipulados por intereses diversos, que finalmente van a parar a la dimensión económica, que parece regir toda la vida de las sociedades «avanzadas», y no a aspectos intrínsecos de la vida, de la vida humana que se convierte cada día en más compleja y al mismo tiempo apasionante.

A la educación le corresponde introducir todas esas dimensiones del amor. No es suficiente desarrollar programas de educación emocional y hablar del amor como un valor abstracto, que nunca podremos instrumentalizar por mucho que nos lo proponamos. Es necesario favorecer la creación de contextos educativos en los cuales el amor sea, en primer lugar, la base de las interacciones que permiten fluir la comunicación y que permiten al mismo tiempo el crecimiento global de las personas, atendiendo a su biología, atendiendo a la honestidad de sus relaciones y de los vínculos que se establecen en ellas, atendiendo a sus necesidades de conocer como funcionan las cosas a todos los niveles, y de ser protagonistas de sus aprendizajes.

Marianne Franke,⁸ una maestra que ha trabajado desde la perspectiva de los órdenes del amor en el aula, dice: «*solamente un corazón agradecido puede aprender*». El agradecimiento es una actitud amorosa hacia la vida y los demás. Amparo Pastor,⁹ una formadora de esa perspectiva, que se enmarca dentro de lo que denominamos Pedagogía Sistémica,¹⁰ dice: «*cada uno en su lugar para poder educar*». Angélica Olvera,¹¹ una de nuestras apreciadas maestras en esa perspectiva educativa, dice: «*lo que lleva el maestro al aula es la alegría por vivir*». Las tres metáforas están vinculadas al amor, ese amor que es motor de vida, de crecimiento y de aprendizaje.

Ya es hora de que no nos durmamos y tengamos el valor de hablar del amor en la escuela, y en la vida en general, desde esas y otras perspectivas. Ello permitirá que los seres humanos podamos continuar nuestra estela evolutiva que, sin duda, cada vez nos ha de llevar a dar un mayor valor a la vida, no sólo a la nuestra, sino a la de todas aquellas personas y cosas que nos rodean, que finalmente representará un salto cualitativo hacia un *nuevo nivel de conciencia*. Hablar del amor en las aulas, con los alumnos y con sus familias, y actuar con relación a ellos y ellas desde esa dimensión amorosa es un reto, y al mismo tiempo una garantía, para hacer de los centros educativos espacios de crecimiento personal que vislumbren futuros más sostenibles a todos los niveles. Es por eso, que el amor es un valor en alza que deberemos mimar consecuentemente.

Carles Parellada (ICE UAB)

La Torre de Claramunt, 9 junio 2008

carles.parellada@uab.cat – www.xtec.cat/~cparella

⁸ Marianne Franke, maestra y terapeuta alemana, *Eres uno de nosotros*, Editorial Alma Lepik.

⁹ Amparo Pastor, directora del Centro Inherentia de Madrid, *Actitudes para pensar, sentir y actuar de una forma sistémica*, revista *Cuadernos de Pedagogía*, núm. 360, septiembre 2006.

¹⁰ *La Pedagogía Sistémica: fundamentos y práctica*, Mercè Traveset, Editorial Graó.

¹¹ Angèlica Olvera, directora de CUDEC, centro educativo y universitario de Méjico, *Los conflictos de los alumnos como expresión de amor a su familia*, revista *Aula de Innovación Educativa*, núm. 158, enero 2007.